

Río Perales

EL CANTO DEL RÍO PERALES: CONOCIENDO LA SIERRA OESTE MADRILEÑA

El río Perales recorre con calma los paisajes abiertos de la Sierra Oeste madrileña, marcando un territorio donde la naturaleza y la historia avanzan al mismo ritmo pausado. Entre encinares, fresnedas y hoces graníticas, su cauce ha dado forma a un valle en el que el agua, el bosque y el trabajo humano se han entrelazado durante siglos.



Biodiversidad

EL BOSQUE SERENO

El bosque mediterráneo de quercíneas es uno de los grandes arquitectos del paisaje del valle del Perales. Dominado por encinas y acompañado por enebros, fresnos y un denso mosaico de matorrales aromáticos, este bosque se adapta a suelos pobres, veranos secos y fuertes contrastes estacionales. Lejos de ser un espacio uniforme, su estructura abierta permite que la luz llegue al suelo, creando un escenario cambiante donde conviven pastizales, claros y manchas de arbolado que reflejan siglos de interacción entre clima, geología y uso humano.



Esta diversidad estructural se traduce en una notable riqueza biológica. El encinar proporciona alimento y refugio a mamíferos como el jabalí, el zorro o el conejo, mientras que su dosel y sus linderos acogen una variada comunidad de aves, desde pequeñas especies forestales hasta rapaces que utilizan estos bosques para cazar o desplazarse entre territorios.

En los puntos donde el relieve se pliega y el agua aflora, fresnos y vegetación de ribera aportan sombra, humedad y continuidad ecológica, conectando el encinar con las hoces rocosas y los cursos fluviales. Estos corredores verdes nos recuerdan que el paisaje mediterráneo no es estático, sino el resultado de un equilibrio dinámico entre hábitats conectados.



Historia y patrimonio

UN RÍO QUE CANTA Y TRABAJA

A orillas del río Perales, encajados entre roquedos y sotos de ribera, los antiguos molinos harineros de Navalagamella constituyen uno de los conjuntos patrimoniales más singulares de la Sierra Oeste madrileña. Su origen se remonta a la Edad Media, con referencias documentales tan tempranas como el Libro de la Montería de Alfonso XI, lo que da idea de su temprana implantación en un territorio donde el control del agua era clave para la subsistencia.

A lo largo de los siglos, estos molinos aprovecharon un cauce modesto y estacional mediante ingenierías sencillas pero muy eficaces, adaptadas a un paisaje de granito y fuertes contrastes hídricos. El conjunto llegó a estar formado por al menos seis molinos de cubo y un batán, documentados en el Catastro de Ensenada del siglo XVIII, lo que refleja la importancia económica y social que estas instalaciones tuvieron para la población local y su entorno.

Construidos en piedra berroqueña, se integraban de forma natural en la hoz del río, utilizando cazes, presas y cubos para acumular agua y liberarla con fuerza suficiente como para mover el rodezno incluso en periodos de caudal reducido.



Molino del Atillo



UN RETO DE CONSERVACIÓN: EL ÁGUILA IMPERIAL IBÉRICA

El águila imperial ibérica es una de las protagonistas silenciosas de la Sierra Oeste madrileña, un ave emblemática ligada a los amplios encinares, dehesas y mosaicos de campo abierto que caracterizan este territorio. Endémica de la Península Ibérica, es una rapaz territorial y sedentaria que necesita grandes extensiones tranquilas para criar. Construye sus nidos en árboles maduros —encinas, pinos o alcornoques— desde los que domina un paisaje que combina bosque mediterráneo, pastizales y zonas agrícolas, clave para su supervivencia. Su alimentación depende en gran medida del conejo, pieza fundamental de su dieta, aunque también caza aves medianas y pequeños mamíferos. Esta especialización la hace especialmente sensible a los cambios en el ecosistema, y explica por qué el declive del conejo, las transformaciones del paisaje y la presión humana la llevaron al borde de la extinción a mediados del siglo XX.

La presencia del águila imperial es un indicador de la buena salud del ecosistema. Comparte territorio con otros emblemas faunísticos, como el lince ibérico o el buitre negro, el mayor buitre de Europa, que encuentra en estos montes arbolados lugares idóneos para nidificar y alimentarse. Juntas, estas especies forman la cúspide de una compleja red ecológica que depende del equilibrio entre bosque, presa y tranquilidad.

Caminar por estos paisajes, sabiendo que el águila imperial aún caza y se reproduce, es una invitación a mirar el territorio con otros ojos: no solo como un espacio para el disfrute, sino como un refugio compartido donde escribir una historia de convivencia sostenible.



+ INFO
www.chtajo.es/

